

# INGRID BERGMAN O LA REIVINDICACION DE MI AMOR PROPIO PROFESIONAL

Por MAX

AMD, 27, 70

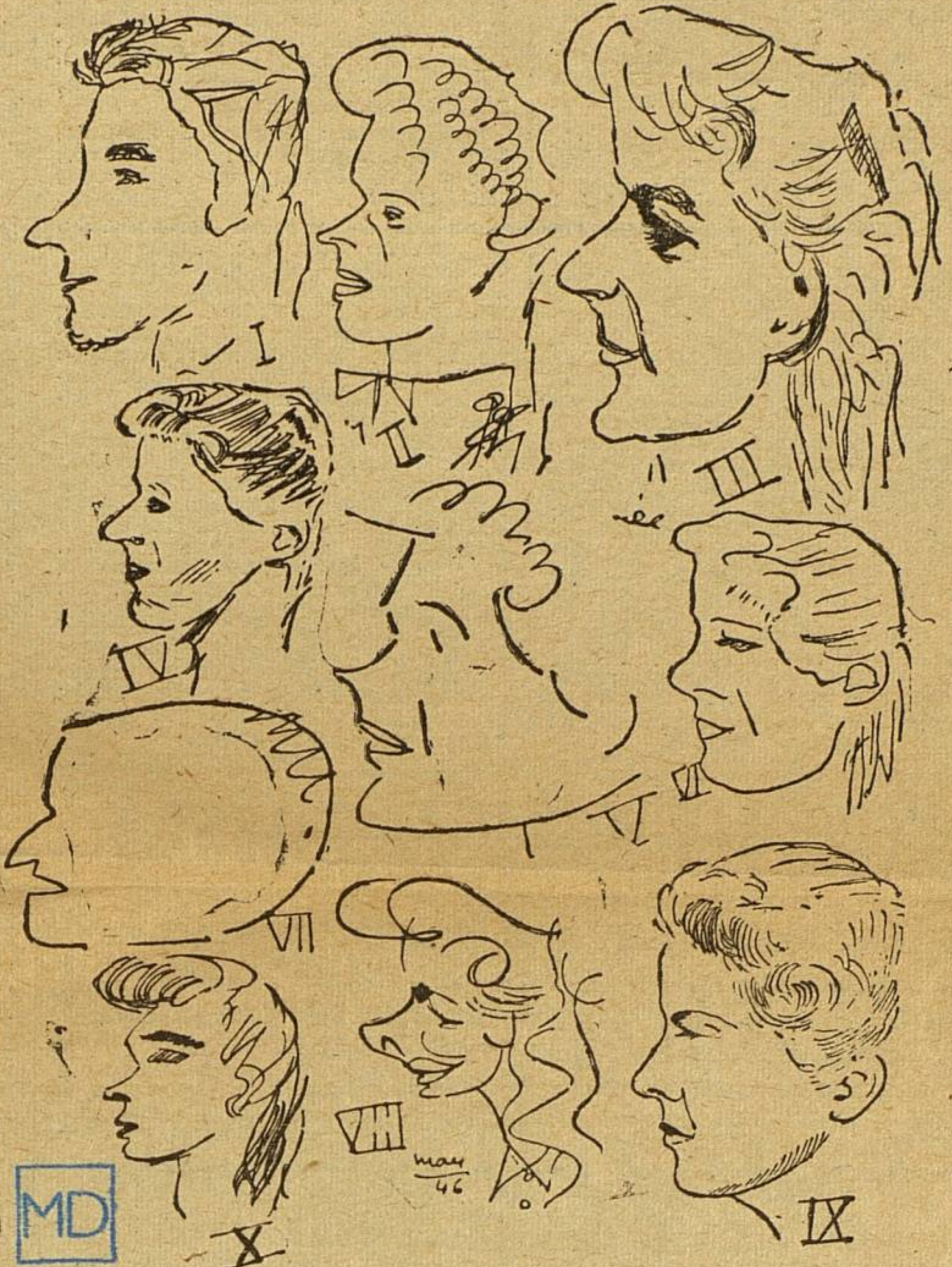
Creo no existe cosa tan enojosa para un artista como el que le confundan o no le entiendan sus obras de arte. El artista desearía meter sus ojos en cada uno de los espectadores de sus obras, para que también ellos las arropasen con la misma mirada de complacencia y mimo que las arroja él.

Los fenómenos de gestación de una obra de arte para un artista guardan una semejanza estrechísima con los fenómenos de gestación de un hijo para una madre. El artista y la madre pensaron, tal vez, en un comienzo, que los frutos de su arte o de su amor no tenían excesiva trascendencia. Pero a medida que ven que sus frutos respectivos avanzan, van tomando forma, color y vida, se inicia ese proceso de identificación que advertimos siempre entre una madre y su hijo y un artista y su obra. A ninguna madre le parece feo su hijo, ni a ningún artista excesivamente mala su obra. Ambos se han ido compenetrando lentamente, en tal forma, con sus creaciones, que sería monstruoso no les agradasen luego, cuando casi puede decirse que las han fabricado a su gusto.

Yo, naturalmente, nunca he sido madre. Sin embargo tengo el prurito vanidoso de considerarme un poco artista. Hago caricaturas con buena voluntad y esto ya me parece suficiente título para juzgarme artista. Por eso todo lo que antes afirmaba puedo rubricarlo con la experiencia. Yo llego a identificarme con mis propias obras hasta tal punto que muchas veces las estimo como algo de mérito. Y es curioso, pero me parece que a todos los malos artistas nos pasa lo mismo. No he admirado ninguna exposición de pintura de novelles, donde cada artista no atribuya al fallo del Jurado el patrocinio de la envidia y la parcialidad. Sólo, claro, porque sus hijos espirituales les parecen mucho más bellos que los premiados con todas las garantías de legitimidad. (Este sentimiento lo considero, por otra parte, tan legítimo como el fallo del Jurado a que aludo.)

Calculen, pues, ustedes mi dolor cuando noche tras noche he de enfrentarme con la cerrada incompreensión de mis compañeros de trabajo. Llega uno orgulloso con sus últimas creaciones y las despliega ante los ojos de sus compañeros, pensando siempre lo mismo: «A ver qué tenéis que decir de esto.» Y lo terrible es que siempre tienen que decir algo: «Demasiada nariz...» «Si le quitases un poco de fuerza a la mandíbula...» «¿Quieres que te diga la verdad? Pues no se me parece», etc., etc.

Un día llegué muy satisfecho con una osada caricatura de Diana Durbin. Eran sólo cuatro rayas con un pequeño borrón negro debajo, que simulaba una boca en actitud de cantar. Esta vez no comencé, como otras, descubriendo a mis compañeros de quién se trataba. En mi ingenua vanidad de artista llegué a suponer que las cualidades de mi obra eran bastantes para reconocerla al primer vistazo. Los preliminares fueron los de siempre. La caricatura rodó de mano en mano y fué contemplada de cerca y de lejos; unos la observaron en su posición normal, y otros, los más, poniendo la boca por sombrero. Yo aguardaba con una ansiedad acongelada a que alguien pronunciase el fallo. Al fin, uno habló, temeroso, vacilante, comiéndose las sílabas:



De arriba abajo y de izquierda a derecha: Ingrid Bergman, vista por Montecastro (I); P. P. (II), M. (III), Ceese (IV), Publio (V), Antoher (VI), Cerrillo (VII), Max (VIII), Capicúa (IX) y E. (X)

—¿Benavente?—insinuó.—  
—¿Qué Benavente?—replique yo, indignado.—  
—¿Qué Benavente ha de ser... don Jacinto — añadió el otro, ya más firme.—

Como es de suponer no se publicó jamás aquella caricatura. La quemé con el punzante dolor de quien inclina el cuerpo de un hijo. Después se me olvidó aquéllo y volví a insistir en mis trabajos con la resignada conformidad de quien se ventila en ellos algo más que el amor propio.

Hace unos días volví a entrar triunfante en la redacción de mi periódico. Llevaba un bocetín a pluma de la bella y gran artista Ingrid Bergman. Me parecía que no la había «visto» del todo mal, y dado el relieve de la película en que intervenía y de esa pueril esperanza del artista que siempre cree que su último esfuerzo es el mejor, la mostré confiado al grupo de redacción. Esta vez la sentencia salió de una boca tan pronto abrí la carpeta:

—¡Buenísima!—dijo alguien—. Vico, ¿no?

No puedo creer que mis queridos compañeros hagan esto con mala intención. No; estoy convencido de que ellos no hacen esto para mortificarme. A fin de cuentas su labor guarda bastantes analogías con la mía y no desconocen lo que lastima una herida en el amor propio profesional. Más me inclino a creer que no es fácil encontrar en el mundo un par de ojos que vean lo mismo que otro par. Es esta una posibilidad que vengo rumiando desde hace bastante tiempo y que he tenido oportunidad de ver comprobada ayer. Ante mi fracaso caricatural con Ingrid Bergman se me ocurrió pedir a cada uno de mis compañeros su particular visión física de la gran artista. El resultado de tal «visión» a la vista está. Montecastro, P. P., M. H., Ceese, Publio, Antoher, Cerrillo, E. y Capicúa, plasmaron en sendas cuartillas su correspondiente visión de Ingrid Bergman. Además, según me manifestaron, la interpretación respectiva está perfectamente de acuerdo con lo que vieron externamente en la protagonista de «Recuerda». Es decir, que para cada uno la mejor caricatura es la propia.

Libreme Dios de meterme a criticar estos ensayos. Me cuesta trabajo creer que mi querido amigo y compañero Cerrillo vea en los rasgos de decrepita virilidad de su dibujo alguna semejanza con el suave perfil de Ingrid Bergman. Para mi manera privada de ver el mundo, su apunte se semeja bastante más a Barry Fitzgerald—el viejo cura de «Siguiendo mi camino»—que a Ingrid Bergman. Pero allá su retina y su nervio óptico. Tampoco rima con mi modo de ver las cosas esa caricatura de Antoher, que me recuerda, no se por qué, a la escultura de Julio César, que se conserva y guarda, como oro en paño, en el Museo Británico. El apunte de mi buen compañero Ceese tiene, según mi cada vez más pobre opinión, riguroso parecido con una pimpante modistilla que suele pasear su garbo inquieto, de ocho a nueve, por nuestra calle de Santiago y de la que desconozco hasta el nombre...

Pero he dicho que me librerá Dios de enjuiciar personalmente estos ensayos y, poco a poco, me voy escuriendo. La verdad es, que sólo pretendía justificar esa humillante confusión, que tan de cerca me afecta, de Ingrid Bergman con Antonio Vico. Por lo demás he advertido, con

sumo grado, cualidades sobresalientes como dibujantes en mis nueve compañeros de redacción. No hablemos de la finura y dotes excepcionales de Capicúa, ni del simplismo de Publio, ni del feísmo acusado en Montecastro, M. H. y E. (Y conste que el feísmo, como no podía menos, es una escuela muy apreciada en caricatura, ya que la caricatura consiste en hacer feo a quien no lo es y horrible a quien lo es, naturalmente. Un asesinato sin sangre a fin de cuentas). Para P. P. reservo una sorpresa aún más agradable; y es que he encontrado un par de ojos que ven a Ingrid Bergman exactamente igual que los suyos. (Yo que soy caricaturista profesional, me daría por muy satisfecho con que me ocurriese esto una sola vez en mi vida). Enhorabuena.

Quede, pues, demostrado, que nada ni nadie causa una misma impresión en dos ojos distintos. Cada uno ve a su manera. No hablemos en adelante, por tanto, de «buenas o malas caricaturas», sino de armonía o desarmonía entre nuestra «visión» y la del caricaturista. Con esto ya deja uno salvado su amor propio profesional, que no es poco. Además en mis compañeros hallarán ustedes testimonio de lo difícil que resulta practicar el arte de la caricatura. Porque si difícil es la pintura, que consiste en representar gráficamente lo que se ve, más difícil es aún la caricatura que consiste en representar lo que se ve en lo que no se ve. (Y no caeré en la vulgaridad de decir que la caricatura consiste en reflejar los rasgos anímicos del caricaturizado, porque ya me dijeron en una ocasión que se sospechaba que el alma no tenía rayas ni rasgos.)

Y que me perdonen mis amigos por dar a luz, sin su consentimiento, estas criaturas espirituales que son tuyas. Pero, seguramente, tampoco a Pepe Alegrias le hubiese hecho gracia, que alguien que hubiese leído una posible reseña suya a la gran corrida de la Beneficencia, en la que él hubiese vertido lo mejor de lo mejor de su esencia taurina, le detuviese en la calle para decirle: «Mi querido amigo; muy bonita esa crónica suya sobre las vaquillas de Tudela...»

El amor propio siempre por delante, ¿verdad Pepe Alegrias?